



De este territorio marchó el ejército cristiano hacia Coni ó Iconio, capital de la Licaonia y patria de Santa Tecla, y cuya ciudad tomaron los cruzados por capitulación el 20 de Junio del año 1093 y entregaron después al emperador Alejo, por consentimiento de los franceses, según pacto secreto del emperador con los sitiados. De aquí marchó para Heraclea, y siguiendo la marcha llegaron á Maresia, término de sus miserias y sufrimientos, cuya población se hallaba habitada por cristianos y tenía abundantes pastos y víveres.

Continuando los vencedores su camino, tomaron en la Natolia ó Asia Menor otras muchas plazas, en que pusieron guarniciones y comandantes que las guardáran en su nombre; creyéndose dispensados de sus obligaciones contraídas con Alejo, porque éste había faltado á la fe de los tratados dejando de darles tropas y víveres.

Adelantándose después por la Siria fueron á poner sitio á Antioquía, cuyo sitio duró ocho meses, desde los primeros días de Octubre hasta los primeros días de Junio del año 1098. En este viaje se vieron en la necesidad de librar contra los infieles una sangrienta batalla en que hicieron una espantosa carnicería.

Los turcos se habían encerrado en sus murallas y no se oía ruido ninguno en la ciudad. Los cruzados creyeron ver en esta aparente inacción y en este profundo silencio el desaliento y el terror. Ciegos por la esperanza de una conquista fácil no tomaron precaución ninguna, y se dispersaron por los campos inmediatos, apoderándose de todo cuanto encontraban á su paso.

El rico botín de las anteriores campañas les hizo olvidar pronto el fin de su piadosa empresa, y llevó la licencia y la corrupción á las filas de los soldados de Cristo. Los turcos hicieron varias salidas, sorprendieron á sus enemigos y causaron grande mortandad. El joven Alberon pagó con su vida las diversiones que tan mal decían á su profesión.

Los soldados cristianos deploraron sus desórdenes y juraron vengar la muerte de todos sus compañeros. Pero después de haber disipado durante los primeros días de sitio las provisiones de varios meses, comenzaron á sentirse los horrores del hambre, por cuya razón resolvieron los jefes hacer una expedición á las provincias limítrofes para proporcionarse víveres.

Durante la expedición, los sitiados hicieron una salida y ocasionaron grandes y sensibles pérdidas en los cruzados, entre otras la del hijo del rey de Dinamarca, Suenon, que aca-

baba de casarse con la hija del duque de Borgoña.

Á todo esto, el hambre iba siempre en aumento y hacia grandes estragos cristianos, hasta que comenzó la desertión; unos marcharon á la Mesopotamia, conquistada por Balduino, y otros á las ciudades de la Cilicia, sumisas á Tancredo. El mismo duque de Normandía se acobardó y se retiró á Laodicea.

Para poner término á tantas calamidades, el piadoso obispo Adhemar y los demás obispos y sacerdotes predicaron con fervor contra los desórdenes que se habían introducido en la multitud, exhortándoles á que se arrepintieran de todas sus faltas para que pudieran merecer la protección del cielo. Entre los principales jefes del ejército formóse un tribunal encargado de perseguir á los culpables.

Los cruzados se convirtieron á Dios, haciendo verdadera penitencia, ayunando y orando incesantemente por que Dios les hiciera dignos de su misericordia.

Animados del mejor espíritu se resolvieron, por fin, á vencer ó á ser derrotados sin recurso, dando una batalla general; pero en ella ganaron una completa victoria en que perecieron 1.500 jefes turcos, y entre ellos, 12 oficiales de los principales, que llamaban emires.

El gobernador de Antioquía se vengó de esto en algunos cruzados que había hecho prisioneros, con cuya ocasión un caballero llamado Renaldo Porchet acabó sus días en un glorioso martirio. Al mismo tiempo mandó que le llevarán todos los prisioneros cristianos, y habiendo hecho encender paja y leña en medio del círculo que formaban, los mandó quemar á fuego lento.

Al fin, la ciudad fué tomada por inteligencias privadas el año 1098: un apóstata arrepentido, llamado Pirro, entregó una torre á Bohemundo, que fué reconocido príncipe de Antioquía por los demás señores. Pero los momentos urgían; se había llegado á entender que en socorro de los sitiados venía un nuevo ejército de más de 300.000 hombres al mando de Kirboga, general del soldan de Persia. Los turcos conservaban aún el castillo de Antioquía, donde se habían retirado con la mayor parte de la guarnición. Estando disponiéndose para este nuevo sitio tres días después de la toma de la ciudad, se vieron los cruzados repentinamente acometidos por el soberbio Kirboga, que se li-sonjó con arrogancia de sacar buen partido.

Cercó la ciudad donde se habían retirado, y los redujo en veintiseis días á las extremidades más terribles del hambre. Un gran número de cruzados desmayó enteramente y escapó como



pudo, y el más rico de todos los jefes, Estéban, conde de Blois, volvió á tomar el camino de Constantinopla.

Habían ya comido hasta los camellos y los asnos, cuando el sacerdote Estéban fué á buscar á los príncipes y les aseguró que á consecuencia de una visión, los santos Jorge, Demetrio y Teodoro combatirían por ellos, si comulgaban después de haber borrado sus culpas con la penitencia y la confesión.

En su consecuencia se resolvió dar una batalla, y para ella se prepararon con tres días de ayuno, durante los cuales todos los soldados se confesaron y recibieron la comunión. En el combate el legado Aimardo llevaba la santa lanza para animar á los combatientes. Nada pudo resistir al valor animado por la religión. En pocos momentos toda aquella multitud de infieles fué derrotada por todas partes y se hizo en ella una matanza espantosa. El gobernador del castillo de Antioquía quedó tan sorprendido de esta inesperada victoria que no sólo se entregó sino que abrazó la fe de Jesucristo con muchos de sus súbditos (1098).

Los vencedores miraron como una obligación la más urgente el dar todo el honor correspondiente al culto divino; y para esto purificaron las iglesias profanadas por los infieles. El patriarca, á la primera hostilidad de los cruzados, había sido puesto en prisión por los musulmanes y fué inmediatamente restablecido en su silla, donde permaneció, tratado con el mayor respeto, todo el tiempo que quiso subsistir en ella. Si se retiró después á Constantinopla fué por su propia voluntad y porque conoció que siendo griego nunca podría gobernar con fruto á los latinos. Se le dió por sucesor á Bernardo, obispo de Arta, en el Epiro, que había seguido al legado Adhemar ó Aimardo en calidad de capellán suyo.

Á todo esto los cruzados pedían á voz en grito que les condujera á Jerusalén. El duque Godofredo de Lorena era también de opinión que convenía aprovecharse en seguida del terror causado en los enemigos con su última victoria; pero la mayor parte de los jefes dijeron que era necesario dejar pasar los grandes calores y esperar al otoño. La capital de la Judea estaba en poder del califa de Egipto, que la había recobrado de los turcos adictos al califa de Bagdad, adversario suyo. Para conquistarla se había aprovechado de las victorias del ejército cristiano, cuya alianza había solicitado; pero habiendo llenado sus miras, y colmado sus deseos, no pensó devolverla á los cruzados, declarando á éstos que no consentiría la entrada en ella á sus peregrinos, sino bajo

ciertas condiciones humillantes. Respondieron los príncipes que no recibirían de él la ley y que irían con todo su ejército á Jerusalén. En efecto, marcharon después de algún tiempo de detención en Antioquía, en donde en vez de descansar sufrieron una enfermedad contagiosa que se llevó más de las tres cuartas partes de sus tropas, por lo que apenas quedaron de éstos 40.000 hombres, y entre éstos con dificultad se hallarían 30.000 en estado de combatir.

Tratábase de sitiar una plaza fortificada según todas las reglas del arte, provista de toda clase de municiones y de una guarnición más numerosa que los sitiadores. Estos carecían de agua é iban á buscarla á cinco ó seis millas, y para construcción de máquinas no tenían más madera que la que llevaban por mar. Sin embargo, el sitio no duró más que cinco semanas.

Los cruzados pasaron cerca de Trípoli, cuyo emir, que quería disputarles el paso, fué derrotado, viéndose además en la necesidad de pagar un rescate, á mandarle una gran cantidad de víveres y á devolverles todos los prisioneros cristianos que tenía en su poder. En 9 de Junio del año 1099 llegaron los cruzados delante de Jerusalén, por cuya ciudad, término de sus inspirados deseos, hicieron tales esfuerzos que se apoderaron de ella el viernes 15 de Julio á las tres de la tarde, cosa que fué muy notada por ser el día entre los de la semana y la hora en que Jesucristo había muerto.

Distinguiéronse á porfía con prodigios de valor los príncipes y los particulares. Pedro el Ermitaño, que se encontró también en esta expedición, exhortó de un modo patético en el momento del asalto general, peleando todo aquel día con encarnizamiento y una gran parte del día siguiente, hasta que fué tomada la plaza.

Defendiéndose los sitiados con igual valor dos horas antes de su entrega, el duque Godofredo, desde la torre de madera en que mandaba un ataque, gritó á los cruzados, diciendo que un caballero que descendía del cielo al monte de las Olivas iba volando en su auxilio. Á estas palabras, un caballero llamado Lethot saltó desde la torre en que combatía al lado del duque á la muralla de la ciudad, y siguieron al punto Godofredo, el conde Eustaquio, su hermano y algunos otros señores. Roberto de Normandía, que dirigía un segundo ataque, saltó al propio tiempo sobre la muralla seguido del valiente Tancredo y de la flor de los señores normandos.

Observando el prudente conde de Tolosa,





que mandaba el tercero, la turbación general de los sarracenos, mandó echar el puente levadizo de su torre, y bajó bien acompañado á la ciudad; mató ó hizo que se retiraran los que guardaban la puerta vecina, y ésta se abrió para el resto del ejército. En pocos momentos fueron los cristianos dueños de la plaza, en donde en el primer furor de la victoria hicieron una carnicería de que ellos mismos se horrorizaron bien pronto. Quedaron muertos cerca de 30.000 sarracenos, de suerte que todo el interior de la ciudad estaba inundado de sangre.

Diez días después de esta brillante victoria se ocuparon los cristianos en levantar el trono de David y de Salomón y colocar en él á un jefe que pudiera conservar y mantener una conquista que los cristianos acababan de hacer á costa de tanta sangre. Después de varios consejos entre los jefes, fué decidido que el jefe fuera elegido por un consejo compuesto de diez hombres, los más recomendables del clero y del ejército. Ayunaron é hicieron limosnas para que el cielo se dignara presidir el nombramiento que iban á hacer, recayendo la elección en Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, varón recomendable por su piedad y virtudes. Señaló los primeros días de su reinado con la derrota de un ejército innumerable, con que el soldan de Egipto volaba al socorro de la plaza. Después procuró hacer florecer el culto divino, y levantó un monasterio en el valle de Josafat.

La conquista de Jerusalem acaeció catorce días antes de la muerte de Urbano II, quien, por consiguiente, no tuvo el consuelo de saber la noticia de una conquista que tanto ansiaba.

Entre tanto el rey de Francia, olvidando las promesas hechas á Urbano II, había vuelto á unirse en ilícito comercio con la adúltera Bertrade. Pascual II, que sucedió en el pontificado al papa Urbano, trató de poner término á los excesos del monarca francés. Al efecto mandó como legados para que se presentaran al rey y le exhortaran á que renunciara su pecado á los cardenales Juan y Benito. Negándose á darles audiencia, resolvieron proceder contra él en el concilio próximo á celebrarse y convocado en Poitiers, en el cual fueron excomulgados con tanta puntualidad, que habiendo ido á Sens el rey Felipe algunos días después, se encontró ya con las iglesias cerradas. Pero al fin, los justos remordimientos de su conciencia le hicieron tal impresión en su ánimo, que tomó la resolución sincera de separarse para siempre de Bertrade. Esta mujer ambiciosa quedó tan convencida del escándalo que

había dado en Francia, que también consintió de buen grado en la separación, recibiendo la absolución de su pecado y más tarde la dispensa para que pudieran casarse, dando con esto fin á tantos escándalos.

El antipapa Guilberto, expulsado de la ciudad de Albano, murió repentinamente en su fuga, dando algunas señales de arrepentimiento, porque mandó poner en libertad á muchos eclesiásticos que tenía prisioneros, entre otros Bernardo, obispo de Macon, á quien encargó suplicara al papa que rogase á Dios por él. En vano los cismáticos quisieron reemplazarle con Teodorico y Maginulfo: nombrado por su facción Silvestre IV, fueron cogidos y encerrados en monasterios, terminando de esta suerte aquella larga y desastrosa usurpación del pontificado.

Muy distante se hallaba el emperador Enrique VI de tener el valor de imitar la sumisión del monarca francés. Más exasperado cada día contra la Santa Sede, perseguía con todo esfuerzo á los prelados que rehusaban tomar parte en su cisma, en el que permaneció toda su vida.

Godofredo, rey de Jerusalem, murió al año escaso de haber ocupado el trono (17 de Julio de 1100), después de una expedición que hizo del otro lado del Jordán. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia del Santo Sepulcro, al pié del Calvario. Sucedióle su hermano Balduino, conde de Edesa, que tenía tanto valor como Godofredo, aunque no tanta prudencia, y fué reconocido rey á pesar de la oposición que por algún tiempo le hizo Daimberto, oposición que por fortuna no tuvo consecuencias, y coronado por este patriarca en Bethelém el día de Navidad del mismo año.

Sus primeros actos fueron restablecer la paz en su reino y hacer que se respetaran las leyes. Hizo varias excursiones por el territorio de los musulmanes, y se apoderó de las ciudades marítimas de Assur y de Cesárea.

El rey Balduino en el segundo año de su reinado acababa de alcanzar una brillante victoria cerca de Joppe, contra un ejército numeroso de egipcios, cuando supo que tres grandes ejércitos de cruzados, que eran como varias naciones de Occidente, habían perecido en las montañas y desiertos del Asia Menor. Balduino vuela á su socorro hasta los desfiladeros de Beyrouth, y protegió su marcha hasta Jerusalem. Grande consternación causó en la ciudad la contemplación de aquellos escasos restos que lograron salvar de aquella gran catástrofe. Pasaron algunos meses en la Judea, y pocos días después de las fiestas de Pascuas marcha-



ron á Joppe para allí embarcarse hacia Europa.

En el territorio de Lydda y de Rasula estuvo Balduino á punto de perecer, acosado con su pequeño ejército por otro de 20.000 infieles: pero logró escapar de esta última ciudad, adonde se había refugiado, y á la que tomaron por asalto los enemigos, degollando á su entrada á todos los cristianos. Otros tres nuevos ejércitos que se dirigían de Occidente á los lugares santos perecieron también en el camino, víctimas de la imprevisión de sus jefes y de la indisciplina de sus tropas. El conde de Vermandois, uno de sus jefes, murió en Tarsis, víctima de sus heridas. Otro de los jefes que los conducían era el conde de Tolosa, á cuyas órdenes iba el primer ejército. Los que pudieron escapar de tanta carnicería se dirigieron unos á Constantinopla y otros á Antioquía.

En medio de tantas desgracias, renovábanse las quejas contra los griegos, acusándoles de haber provocado la ruina de los ejércitos que iban en socorro de los latinos establecidos en la Siria. Y en efecto, según llevamos indicado, el emperador Alejo no podía justificar estas prevenciones: porque si por una parte hacia esfuerzos para dar libertad á los cristianos que caían en poder de los turcos y de los egipcios, por otra equipaba flotas y levantaba ejércitos para atacar á Antioquía y apoderarse de las ciudades de la costa de la Siria, conquistadas por los latinos.

El rey Balduino, secundado por los cruzados de Pisa y de Génova que tenían una escuadra considerable, se apoderó, en cambio de tantos desastres, de la importante ciudad de Ptolemais, que era como el puerto de la Siria de la parte del mar. Esta conquista llevó el espanto á los musulmanes de Damasco, de Ascalon y de Egipto.

En tanto que los cristianos de Europa iban así á combatir, á sucumbir y á triunfar en el Asia, la misma Europa gozaba de profunda paz. La única guerra que se conocía en Europa era la guerra impía, que según ya hemos indicado, hacia Enrique de Alemania á la Iglesia de Dios; pero también esta guerra tocaba ya á su fin. Enrique, coronado emperador por un antipapa, se mostró siempre emperador anticristiano. Puede decirse que la esencia de ese emperador de Occidente, en la edad media, era el ser defensor de la Iglesia de Roma. Enrique hizo todo lo contrario. Persiguió á la Iglesia romana y por tanto á la Iglesia universal: en vez de secundarla en las reformas del clero y del pueblo, trabajaba por corromper-

los, y en vez de defender á la cristiandad contra el mahometismo, trataba de introducir las costumbres y la moral del mahometismo en la cristiandad. Su instrumento fué el antipapa Guilberto, de quien ya hemos dicho de la manera que acabó á los 20 años de su intrusión en la Santa Sede, y á los 23 de su rebelión contra San Gregorio VII. Seis fueron los antipapas que suscitó Enrique en la Iglesia de Dios, y todavía trabajó por dar sucesor al último.

Su hijo Conrado, que tenía su corte en Italia, gobernaba por consejos del papa, de la condesa Matilde y de otras personas temerosas de Dios.

Á fines del mes de Marzo del año 1102, celebró el papa Pascal II, sucesor de Urbano II, un gran concilio en Roma, en el cual se hallaron los obispos de Pouille y de la Campania, de Sicilia y de Toscana, y en una palabra, de toda la Italia, y los diputados de un gran número de allende los montes. Cuatro años hacía que Urbano, su predecesor, había celebrado el último concilio, el de Bari (1098), en el cual se trató contra los griegos de la verdadera procedencia del Espíritu Santo, y en el cual San Anselmo tomó una parte muy activa.

En el concilio de Roma se determinó la fórmula de juramento contra los cismáticos, y se renovó la excomunión de Gregorio y de Urbano contra el emperador Enrique.

Á fines del año 1102 la condesa Matilde renovó la donación que había hecho en favor de la Iglesia romana de todos sus bienes, por haberse extraviado el documento en que lo hiciera primeramente.

En los primeros meses del año 1103, el papa Pascal II recibió un gran consuelo de parte de Alemania. El emperador Enrique acababa de nombrar para la iglesia de Bamberg á su canciller, llamado Otton, quien no quiso aceptar sino con la condición de que el papa Pascal le diera la investidura y la consagración.

Gobernó Otton la iglesia de Bamberg durante 36 años con toda la edificación que debía esperarse de sus talentos y virtudes. Amaba tanto á los pobres que llenó de ellos la ciudad episcopal y las aldeas vecinas, para cuidar él mismo de su alivio. Proveyó con la misma generosidad al sostenimiento y majestad del culto. Fundó hasta quince abadías y seis prioratos, tanto en su diócesis como en otras muchas de Alemania. Tales fueron las consecuencias de la elección hecha por Enrique IV para el obispado de Bamberg. Su consagración se hizo con mucho aparato por el mismo pontífice el 17 de Mayo de 1103, día de Pentecostés.